

con las manos en los oídos y con el rostro contra la almohada, para no volver a oír, para no ver más. Anonadábase y quedábase dormido en un sueño de muerte.

---

## VI

El siguiente día era domingo. La Exaltación de la Santísima Cruz caía en día de misa mayor y el padre Mouret había querido celebrar aquella fiesta religiosa con ostentación particular. Había concebido una devoción extraordinaria para la Cruz y había reemplazado en su habitación la estatuita de la Inmaculada Concepción por un gran crucifijo de madera negra, ante el cual pasaba largas horas de adoración. Exaltar la Cruz, plantarla delante de él, sobre todas las cosas, en una aureola, como el único objeto de su vida, le daba fuerzas para sufrir y luchar. Soñaba con colocarse en el sitio de Jesús, de ser coronado de espinas, de tener los miembros lacerados y el costado herido. ¡Cuán cobarde era al atreverse a quejarse de una herida imaginaria, cuando su Dios manaba sangre de todo su cuerpo, con la sonrisa de la Redención en los labios! Y por miserable que fuese, ofrecía su herida en holocausto, acababa por deslizarse al éxtasis, por creer que la sangre le corría en realidad de la frente, de los miembros, del pecho. Eran aquéllas horas de alivio, todas sus impurezas se desprendían de sus llagas. Erguía con heroísmos de mártir, ansiaba tormentos espantosos, para soportarlos sin el menor estremecimiento de su carne.

Al rayar el alba se arrodilló ante el crucifijo, y la gracia llegó abundante como el rocío. No hizo el menor esfuerzo, sólo tuvo que doblar las rodillas, para recibirla en el corazón, para sentirse empapado hasta los huesos, por modo deliciosamente suave. La víspera había casi rendido el alma, sin que descendiese. Permanecía por mucho tiempo sorda a sus lamentos de condenado; socorriale a menudo, cuando, con ademán de niño, tan sólo acertaba a juntar las manos suplicantes. Aquella mañana fué como una bendición, un reposo absoluto, una fe completa. Olvidó todas sus angustias de los días precedentes, y entregóse en cuerpo y alma a la triunfal alegría de la Cruz. Una armadura le subía a los hombros, tan impenetrable, que el mundo se embotaba contra ella.

Cuando bajó, caminaba en un ambiente de victoria y de serenidad. La Teuse, haciéndose cruces, fué en busca de Deseada, para que le besara. Ambas palmoteaban, gritando que no había tenido tan buen semblante desde hacía más de seis meses.

En la iglesia, durante la misa mayor, el sacerdote había acabado de encontrar a Dios. Mucho tiempo hacía que no se había acercado al altar con tal enternecimiento. Tuvo que contenerse para no derramar lágrimas, con la boca pegada al paño del altar. Era una solemne misa mayor. El tío de la Rosalía, el guarda rural, cantaba al facistol, con voz de bajo, cuyo ronquido henchía con canto de órgano la aplastada bóveda. Vicente, vestido con una sobrepelliz sobrado ancha, que había pertenecido al padre Caffin, agitaba un viejo incensario de plata, prodigiosamente divertido el muchacho con el ruido de las cadenillas, incensando muy por lo alto para obtener mucho humo y mirando a su espalda si por tal modo no hacía toser a nadie. La iglesia estaba casi llena. Habíase tenido empeño en ver las pinturas del señor cura. Había aldeanas que se reían, porque aquello olía bien; mientras que los hombres, en el fondo, debajo de

la tribuna, movían a uno y otro lado la cabeza, a cada nota todavía más cavernosa del cantor. Por las ventanas, el pleno sol de las diez, que se filtraba por los vidrios de papel, penetraba, ostentando sobre las paredes revoçadas grandes ondas muy alegres, en donde la sombra de los gorros de mujer parecían bandadas de grandes mariposas. Y los ramilletes de flores artificiales, colocados sobre las gradas del altar, ofrecían también una fresca alegría de flores naturales, acabaditas de coger.

Cuando el sacerdote se volvió para bendecir a los asistentes, experimentó un enternecimiento más vivo aun al ver la iglesia tan limpia, tan llena, tan rebosante de música, de incienso y de luz.

Después del Ofertorio, corrió un murmullo entre las campesinas. Vicente, que había levantado con curiosidad la cabeza, estuvo en un tris que todas las brasas del incensario, no fuesen a parar a la casulla del sacerdote. Y como éste le mirase con severidad, el muchacho quiso excusarse y murmuró:

—Es el tío del señor curá que acaba de entrar.

En lo hondo de la iglesia, apoyado en una de las delgadas columnas de madera que sostenían la tribuna, el padre Mouret distinguió al doctor Pascual, el cual no mostraba su bondadosa y risueña cara, ligeramente burlona. Habíase descubierto, grave, malhumorado, oyendo la misa con visible impaciencia. El espectáculo del cura en el altar, su recogimiento, sus ademanes cachazudos y la perfecta serenidad de su rostro, parecieron poco a poco exasperarle más y más. No pudo esperar a que terminase la misa. Salió y fué a dar la vuelta en torno de su cabriolet y su caballo, que había atado a uno de los postigos del presbiterio.

—Y bien, ese buen mozo ¿no acabará nunca de hacerse incensar?—preguntó a la Teuse, que volvía de la sacristía.

—Ya ha concluído—le respondió.—Entre usted

en el salón... El señor cura se está desnudando. Ya sabe que está usted aquí.

—¡Pardiez! al menos que esté ciego—murmuró el doctor, siguiéndola a la fría estancia, a los duros muebles, que ella llamaba pomposamente el salón.

Paseóse unos minutos de acá para allá. La habitación, de tristeza gris, aumentaba su mal humor. Mientras andaba, daba golpecitos con la contera de su bastón sobre la apolillada crin de los asientos, que repercutían con el sonido seco de la piedra.

Después, cansado, detúvose delante de la chimenea, en donde un gran San José, abominablemente pintarrajeado, hacía las veces de reloj.

—¡Ah! no es ninguna desgracia—dijo así que oyó el ruido de la puerta.

Y adelantándose hacia el sacerdote:

—¿Sabes que has hecho que me trague la mitad de una misa? Tiempo hace que semejante cosa no me había sucedido... En fin, tenía absolutamente empeño en verte hoy mismo. Quería hablar contigo.

Y no concluyó. Miraba al sacerdote con sorpresa. Hubo un instante de silencio.

—¿Tú te sientes bien?—repuso con voz alterada.

—Sí, estoy mucho mejor—dijo el sacerdote sonriendo.—No le esperaba a usted hasta el jueves. El día que tiene usted fijado no es el domingo... ¿Tiene usted algo que comunicarme?

Pero el tío Pascual no contestó de golpe y porrazo. Continuó fijándose en el cura, el cual se encontraba todavía empapado en las tibiezas de la iglesia; llevaba en sus cabellos el perfume del incienso, y mantenía en el fondo de sus ojos la alegría de la Cruz. El tío movió a uno y otro lado la cabeza, en presencia de aquella paz triunfante.

—Vengo del Paradou—dijo bruscamente.—Jeanbernat ha ido por mí esta noche... He visto a Albina. Esta joven me inquieta y necesita muchas contemplaciones.

Y mientras hablaba, no dejaba de estudiar al sacerdote; ni siquiera le vió parpadear.

—En fin, ella te ha cuidado—agregó con más rudeza.—A no ser por ella, tal vez estarías a estas horas en una jaula de las Tulettes, con la camisa de fuerza en los hombros... Pues bien, he prometido que irías a verla. Te llevaré en mi compañía. Es una despedida. Se quiere ir.

—No puedo hacer más que rogar por la persona de que usted me habla—dijo el padre Mouret con dulzura.

Y como el doctor perdiese los estribos y diese un bastonazo sobre el canapé:

—Soy sacerdote y sólo cuento con oraciones—concluyó sencillamente, mas con muy firme acento.

—¡Ah! mira, tienes razón—exclamó el tío Pascual, dejándose caer sobre un sillón, con las piernas desmadejadas.—Yo no soy más que un viejo loco. Sí, he llorado en mi cabriolet, al venir aquí, enteramente solo, al igual que un niño... He aquí lo que resulta de vivir rodeado de libracos. Se hacen envidiables experimentos, pero se porta uno como un mal hombre... ¿Podría yo sospechar que terminase todo tan mal?

Levantóse y volvió a ponerse a andar, desesperado.

—Sí, sí, yo debería de haber sospechado. Era lo más lógico. Y tratándose de ti, esto resultaba abominable. Tú no eres un hombre como los demás... Pero, escucha, yo te aseguro que estabas perdido. El ambiente que produjo a tu alrededor, era lo único que podía salvarte de la locura. En fin, ya me entiendes, no necesito decirte la situación en que te encontrabas. Es una de las más hermosas curas que me ha sido dado hacer. Y no me siento orgulloso, no, porque ahora, he aquí que la pobre niña de ello se muere.

El padre Mouret se había quedado en pie, muy sosegado, con su tranquila aureola de mártir, que nada de humano puede ya abatir.

—Dios tendrá de ella misericordia—dijo.

—¡Dios, Dios!—murmuró sordamente el doctor, —mejor haría en no mezclarse en nuestros asuntos. Podría arreglarse todo.

Después, alzando la voz, repuso:

—Habíalo calculado todo. ¡Esto es lo más grande! ¡Ah, imbécil! Tú permanecías un mes convaleciendo. La sombra de los árboles, la fresca respiración de la muchacha, toda aquella juventud, te devolvía la vida. Por otra parte, la joven perdía su salvajismo, la humanizabas, y entre ambos hacíamos una señorita que habríamos casado en cualquier parte. Todo habría resultado a pedir de boca. ¿Podría yo imaginarme que ese viejo filósofo de Jeanbernat no se apartaría ni un ápice de sus hortalizas? Verdad es que yo tampoco he salido de mi laboratorio. Tenía entablados ciertos estudios... ¡Y la culpa ha sido mía! ¡Soy un mal hombre!

Se ahogaba y quería salir. Por todas partes buscaba el sombrero, y lo llevaba en la cabeza.

—¡Adiós!—tartamudeó;—me voy... Conque te niegas a venir? Vamos, hazlo por mí; ya ves cuánto es lo que sufro. Te juro que ella se ausentará en seguida. Así está convenido... Tengo aquí mi cabriolet, y dentro de una hora estarás de regreso... Ven, te lo suplico.

El sacerdote hizo un gesto de tranquilidad, uno de los gestos que el doctor le había visto hacer en el altar.

—No—le dijo,—no puedo.

Y al acompañar a su tío, agregó:

—Dígale usted que se arrodille y que ruegue a Dios... Dios la oirá como a mí me ha oído; la aliviará como a mí me ha aliviado. No hay otra salvación.

El doctor le miró al rostro y se encogió terriblemente de hombros.

—Adiós—repitió.—Tú gozas de salud, y ya no me necesitas.

Pero mientras desataba el caballo, Deseada, que

acababa de oír su voz, llegó a todo correr. Adoraba a su tío. Cuando era más niña, el doctor escuchaba su charloteo de galopina, durante horas, sin cansarse nunca. Aun ahora, la consentía, se interesaba por su corral y se quedaba con el mayor gusto toda una tarde con ella, en medio de las gallinas y de los patos, sonriéndole con sus perspicaces ojos de sabio. Llamábala "el gran animal", con acento de cariñosa admiración. Parecía considerarla muy por encima de las demás muchachas. Así fué que se arrojó a su cuello en un arranque de ternura, gritando:

—¿Te quedas? ¿Almorzarás con nosotros?

Pero él la besó, negándose y apartándola de sí con ademán de mal humor. Deseada reía a más y mejor y se colgó de nuevo a sus hombros.

—Haces muy mal—repuso.—Tengo huevos acabados de poner. Estaba acechando a las gallinas. Han puesto catorce esta mañana... Y nos habríamos comido un pollo, el blanco, el que pega a los demás. Allí estabas, el jueves, cuando vació un ojo al grande mosqueado.

El tío proseguía incomodado. Irritábase contra el nudo de la brida, que no lograba deshacer. Entonces Deseada se puso a saltar a su alrededor, batiendo las palmas, y canturreando:

—Sí, sí, te quedas... Nos lo comeremos, nos lo comeremos.

La cólera del tío no pudo durar más. Levantó la cabeza y se sonrió. Era aquella una alegría demasiado sana, demasiado viva, demasiado verdadera; era salida del corazón, tan natural y tan franca como el reflejo del sol que doraba su desnuda carne.

—¡El gran animal!—murmuró embelesado.

Después, cogiéndola por las muñecas, mientras que continuaba saltando:

—Escucha, hoy no puede ser. He de visitar una pobre niña que está enferma. Volveré otra mañana. Te lo prometo.

—¿Cuándo, el jueves?—insistió.—Ya sabes que la vaca está en aquel estado. No parece estar muy a sus anchas, de dos días a esta parte... Tú eres médico y podrías quizás darle un remedio.

El padre Mouret, que se había quedado allí, apacible, no pudo contener una ligera sonrisa. El doctor subió alegremente al cabriolet, diciendo:

—Eso es, cuidaré a la vaca... Acércate que te bese, gran animal. Hueles bien, hueles a salud. Y vales más que todo el mundo. Si todo el mundo fuese como mi gran animal, la tierra sería demasiado hermosa.

Dirigió al caballo un pequeño chasquido con la lengua y continuó hablando solo, mientras que el cabriolet bajaba la cuesta.

—Sí, animales, no se necesitarían más que animales. Todo el mundo sería hermoso, estaría alegre, sería fuerte. ¡Ah! ¡Este es el sueño!... Por lo que toca a la muchacha, todo ha salido a pedir de boca; es tan feliz como su vaca. Mas en cuanto al muchacho, no ha resultado así; agoniza bajo su sotana. Un poco más de sangre, algo más de nervios, y a paseo, se frustra la vida... Verdaderos Rougon y verdaderos Macquart es lo que son esos chicos. Lo último de la cuadrilla, la degeneración final.

Aguijó al caballo y subió al trote la cuesta que conducía al Paradou.

## VII

El domingo era día de gran ocupación para el padre Mouret. Tenía vísperas, que generalmente decía ante las sillas vacías, pues ni siquiera la Bricchet llevaba la devoción hasta el punto de volver a la iglesia por la tarde. Luego, allá a las cuatro, el Hermano Archangias llevaba a los galopines de su escuela para que el señor cura les hiciese recitar su lección de catecismo. Aquello se prolongaba a veces hasta muy tarde. Cuando los muchachos se presentaban sobrado indomables, llamábase a la Teuse, quien les amedrantaba con la escoba.

Aquel domingo, allá a las cuatro, Deseada se encontraba sola en el presbiterio. Como se aburriese, fué a arrancar hierba para los conejos, al cementerio, en donde se daban amapolas gigantescas, por las cuales se pirraban aquellos animalitos. Arrastrábase de rodillas entre las tumbas y se llevaba delante de verduras crasas, sobre las cuales sus animales caían con ansia devoradora.

—¡Oh! qué hermosos llantenes — murmuraba agachándose ante la losa del padre Caffin, entusiasmada con el encuentro.

Allí, en efecto, entre las mismas junturas de la piedra, magníficos llantenes ostentaban sus amplias hojas. Había acabado de llenar el delantal, cuando creyó oír un rumor singular. Un roce de ramas,

un rodar de removidas pedrezuelas subían de la hondonada que se abría en uno de los lados del camposanto, por cuyo fondo se deslizaba el Mascle, torrente que bajaba de las alturas del Paradou. La cuesta era tan agria, de tan difícil acceso, que Deseada pensó en algún perro perdido, en alguna cabra escapada. Adelantóse deprisa y corriendo y, al inclinarse, quedó estupefacta al distinguir, en medio de las zarzas, una joven que se aprovechaba de las menores hendiduras de la roca, con agilidad extraordinaria.

—Voy a darle a usted la mano—le gritó.—Hay para romperse la cabeza.

La joven, al verse descubierta, dió un salto de miedo, como si fuese de nuevo a bajar. Pero alzó la cabeza y cobró ánimo, hasta aceptar la mano que se le tendía.

—¡Oh! la conozco a usted—repuso Deseada, muy contenta, y soltando el delantal para cogerla por la cintura, con sus graciosos modales de niña grande. Usted me dió unos mirlos. Se murieron, los pobrecillos. Tuve una gran pena. Espere usted, sé su nombre, lo he oído. La Teuse lo pronuncia a menudo, cuando Sergio no está presente. Me ha prohibido muy de veras que lo repita... Espere usted, voy a hacer memoria.

Y hacía los mayores esfuerzos, que la ponían en extremo seria. En seguida, cuando hubo dado con lo que buscaba, púsose muy alegre, saboreando una vez tras otra la armonía del nombre.

—¡Albina, Albina!... ¡Cuán dulce es! Al principio había creído que era usted un abejaruco, porque yo tuve uno a quien llamaba así, poco más o menos, no recuerdo bien.

Albina no se sonrió. Hallábase por todo extremo pálida, con una llama de fiebre en los ojos. Algunas gotas de sangre le corrían de las manos. Tan luego como hubo cobrado aliento, dijo rápidamente:

—No, deje usted. Va usted a ensuciar el pa-

ñuelo limpiándome. No es nada, algunos rasguños... No he querido venir por el camino, se me habría visto; he preferido seguir el torrente... ¿Está Sergio ahí?

Aquel nombre pronunciado familiarmente, con profundo ardor, no chocó a Deseada. Contestó que se encontraba allí, en la iglesia, recitando el catecismo.

—No hay que hablar en voz alta—agregó llevándose un dedo a los labios.—Sergio me tiene prohibido que hable en alta voz, cuando está ocupado con el catecismo. De otro modo vendrían a reñirnos... Vamos a meternos en la cuadra ¿le parece a usted? Estaremos alla bien y hablaremos.

—Quiero ver a Sergio—dijo sencillamente Albina.

La hermana del sacerdote bajó aún más la voz, y dirigió furtivas miradas a la iglesia, murmurando:

—Sí, sí, cogeremos de improviso a Sergio. Venga usted conmigo. Nos ocultaremos y no haremos ruido. ¡Oh! ¡Qué divertido va a resultar!

Había recogido el montón de hierbas que se había deslizado del delantal. Salió del cementerio, entró en la rectoría con infinitas precauciones, recomendando mucho a Albina que se ocultase tras de ella, y que se redujera todo lo posible. Al refugiarse las dos a todo correr en el corral, percibieron a la Teuse, que atravesaba la sacristía y que pareció no verlas.

—¡Chist, chist!—repetía Deseada, llena de gozo, cuando se hubieron escondido en lo más hondo de la cuadra... Ahora nadie nos encontrará... Aquí hay paja; acomódese usted a su gusto.

Albina tuvo que sentarse en un haz de paja.

—¿Y Sergio?—preguntó con la obstinación de la idea fija.

—Mire usted, se oye su voz... Cuando dé unas palmadas, los chicuelos se irán... Escuche usted; ahora les refiere una historia.

La voz del padre Mouret llegaba, en efecto, muy suavizada, por la puerta de la sacristía, que la Teuse, sin duda, acababa de abrir.

Fué aquello como un hábito religioso, un murmurio en que se oyó por tres veces el nombre de Jesús. Albina se estremeció. Alzabase para correr en busca de aquella voz amada, cuyo cariñoso acento conocía, cuando el sonido pareció desvanecerse, ahogado por la puerta, que se había vuelto a cerrar. Entonces se sentó de nuevo y pareció esperar, con las manos apretadas, entregada por completo al pensamiento que ardía en el fondo de sus límpidos ojos. Deseada, recostada a sus pies, la contemplaba con ingenua admiración.

—¡Oh, qué hermosa es usted!—murmuró.—Se parece usted a una imagen que Sergio tenía en su habitación. Era tan blanca como es usted. Tenía grandes bucles que le flotaban sobre los hombros. Mostraba su rojo corazón, ahí, en el sitio en que siento latir el de usted... No me escucha usted, está usted triste. ¿Quiere usted que juguemos?

Pero se interrumpió exclamando entre dientes, pero bajando la voz:

—¡Las muy bribonas! Van a conseguir que se nos sorprenda.

No se había quitado su delantal de hierbas y ya sus bichos la tomaban por asalto. Una manada de gallinas había acudido, cacareando, llamándose y picando las verdes matas que colgaban. La cabra, como quien no hacía la cosa, pasaba la cabeza por debajo del brazo de Albina y mordía las anchas hojas; y hasta la vaca, atada a la pared, tiraba de la cuerda, alargaba el hocico y daba salida a su cálido aliento.

—¡Ah, grandísimas bribonas!—repetía Deseada.—¡Esto es para los conejos! ¡Queréis dejarme en paz! Lo que es tú vas a recibir un pescocón... Y en cuanto a ti, si te vuelvo a atrapar ya te arreman-garé la cola... ¡Habrás canallas! ¡Antes se me comerían las manos!

Y daba de morradas a la cabra, dispersaba a las gallinas a puntapiés y aporreaba con toda la fuerza de sus puños el morro de la vaca. Pero los animales se apartaban y volvían a la carga más avariciosos, saltándole encima, invadiéndola y destrozándole el delantal. Y guiñando los ojos, murmuraba al oído de Albina, como si los animales hubiesen podido entenderla:

—¡Qué pilletes son! Espere usted, que va usted a verles comer.

Albina miraba con su aspecto serio.

—Vamos, sean ustedes formales—continuó Deseada.—No os faltará a ninguna; pero cada cual cuando le toque... Primero, la gran Lisa. ¡Eh! parece que te despepitas por el llantén!

La gran Lisa era la vaca. Rumió con toda lentitud un puñado de substanciosas hojas nacidas en la sepultura del padre Caffin. Un ligero hilito de baba pendía de su hocico. Sus grandes y oscuros ojos ofrecían una glotona dulzura.

—Ahora a ti—continuaba Deseada, volviéndose a la cabra.—¡Oh, ya sé que quieres amapolas. Y las prefieres con flores, ¿no es eso? y con capullos [que estallan en tus dientes como confites... Toma, aquí las tienes de lo mejor; vienen del rincón de la izquierda, en donde se enterraba el año anterior.

Y sin dejar de hablar, ofrecía a la cabra un ramillete de sangrientas flores, que el animal se iba comiendo. Así que no le quedaron en las manos más que los tallos, ella misma se los puso entre los dientes. Por detrás, furiosas las gallinas, le picoteaban las faldas. Echóles achicorias silvestres y dientes de león, que había cogido de alrededor de las viejas losas colocadas a lo largo de la pared de la iglesia. Las gallinas se disputaron sobre todo los dientes de león, con la voracidad, con tal rabioso batir de alas y de espolonazos, que los demás animales del corral se dieron por entendidos. Entonces convirtiéndose aquello en una irrupción general. El gran gallo leonado, Alejandro, apareció el

primero. Picó un diente de león y lo partió en dos, sin comérselo. Cacareaba, llamando a las gallinas que se habían quedado fuera, y retrocediendo como para invitarlas a comer. Y entró una gallina blanca, luego una negra y después toda una hilera, que se empujaban, se subían sobre las colas, concluyendo por correr como por sobre una charca de plumas desprendidas. Tras de las gallinas acudieron los palomos y los patos, y las ocas y hasta las pavas. Deseada se reía, en mitad de aquella viviente oleada, anegada, perdida, repitiendo:

—Siempre que traigo hierbas del cementerio sucede lo propio. Se matarían por comérselas... deben de tener un gusto exquisito.

Y se defendía, poniendo en alto los últimos puñados de verdura, a fin de salvarlos de aquellos picos voraces que se alzaban hacia ella, repitiendo que había que guardar para los conejos, que iba a atufarse y que les pondría a pan seco. Mas era el caso que se sentía débil. Las ocas le tiraban de las puntas del delantal con tanta fuerza, que a punto estaba de caer de rodillas. Los patos le devoraban los tobillos. Dos palomos se le habían posado sobre la cabeza. Las gallinas le subían hasta los hombros. Era aquella una ferocidad de animales que olían la carne, los succulentos llantenes, las sanguinolentas amapolas, los dientes de león rezumando savia en que había algo de la vida de los muertos. Albina se reía a más no poder, sentíase a punto de venir al suelo, de soltar los dos últimos puñados, cuando un terrible gruñido vino a sembrar el pánico a su alrededor.

—Eres tú, rechoncho mío—dijo embelesada.—Cómetelos, líbrame de ellos.

El cerdo hacía su aparición. No era ya el marranillo, sonrosado como un juguete acabado de pintar, con su rabillo retorcido como un bramante; sino un corpulento gorrino, apto para el sacrificio, redondo como la panza de un chantre, con el dorso cubierto de ásperas cerdas que meaban la grasa.

Tenía el vientre color de ámbar, por haber dormido en el estercolero. Con el hocico adelante, rodando sobre sus patas, se lanzó en medio de los animales, lo que permitió a Deseada poner pies en polvorosa e ir a dar a los conejos las escasas hierbas que con valor tanto había defendido. Cuando volvió, la paz estaba hecha. Las ocas balanceaban blandamente el cuello, estúpidas y felices; los patos y las pavas se iban contorneando las paredes, con los prudentes anadeos de animales enfermos, las gallinas cacareaban su bajo tono, picando un invisible grano en el duro suelo de la cuadra; mientras que el cerdo, la cabra, la gran vaca, medio adormilados, entornaban los párpados. En la parte de afuera, una tempestuosa lluvia comenzaba a caer.

—¡Bueno, tormenta tenemos!—dijo Deseada, quien había vuelto a sentarse en la paja con un escalofrío.—Bien haréis en quedaros aquí, animales, si no queréis calaros hasta los huesos.

Y se volvió hacia Albina, agregando:

—¡Eh! ¡Qué bobalicones parecen! Los muy bestias no se despiertan sino para caer sobre la pizana.

Albina permanecía silenciosa. Las risas de aquella hermosa muchacha, exhalándose en medio de aquellos cuellos voraces, de aquellos hambrientos picos, que la acariciaban, que la besaban, que parecían quererle comer la carne, la habían puesto más pálida. Tanta alegría, tanta salud, tanta vida, la desesperaban. Apretaba sus calenturientos brazos y oprimía el vacío contra su pecho, seco por el abandono.

—¿Sergio?—preguntó con su misma voz clara y testaruda.

—¡Chist!—dijo Deseada.—Acabo de oírle, no ha terminado aún... No hemos hecho poco ruido hace un instante... Fuerza es que la Teuse esté sorda esta tarde... Estémonos quietas, ahora. Es agradable el oír caer la lluvia.



El chaparrón entraba por la puerta que se había dejado abierta y caía sobre el umbral en anchas gotas. Algunas gallinas, inquietas, después de aventurarse, habían retrocedido, hasta lo hondo de la cuadra. Todos aquellos animales se refugiaban allí, en torno de las faldas de las dos jóvenes, exceptuando tres patos que habían ido a pasearse con toda tranquilidad bajo la lluvia. La frescura del agua, chorreando en el exterior, parecía rechazar hacia el interior los ardientes vapores del corral. Hacía gran calor en la paja. Deseada acercó dos grandes haces y se acomodó como sobre dos almohadas. Hallábase muy a su comodidad y gozaba con todo su cuerpo.

—Se está muy bien, se está muy bien—murmuró.—Acuéstese usted como yo. Me hundo y estoy apoyada por todos lados, la paja me hace cosquillas en el cuello... Y cuando una se restriega, le corren a una por todo el cuerpo; diríase que los ratones se esconden bajo las sayas.

Y se restregaba y se reía sola, dando golpes a derecha e izquierda, como para defenderse de los ratones. Luego se quedaba con la cabeza abajo y las rodillas al aire, prosiguiendo:

—¿No se revuelca usted en la paja en su casa? Por mi parte, no sé que haya nada mejor. A veces me hago cosquillas en las plantas de los pies. Esto también resulta muy gracioso... Y usted, ¿no se hace cosquillas?

Pero el gran gallo leonado, que se había acercado gravemente, viéndola boca arriba, acababa de saltarle sobre el pecho.

—¿Quiere largarte, Alejandro?—gritó.—¡Qué bestia es este animal! No puedo tenderme, sin que al punto se plante ahí... Me oprimes demasiado y me haces mal con las uñas ¿lo oyes? No me opongo a que te quedes, pero has de ser juicioso y no me picarás los cabellos, ¿estamos?

Y no le volvió a inquietar. El gallo se mantenía firme en su corpiño, pareciendo a veces que la

miraba bajo la barba, con sus ojos de ardiente ascua. Los demás animales se acercaban a sus sayas. Después de haberse vuelto a revolcar, había acabado por quedarse medio transpuesta, en envidiable posición, con los miembros apartados y con la cabeza echada atrás. Y continuó:

—¡Ah! esto es demasiado bueno y me cansa en seguida. La paja da sueño, ¿verdad que sí? A Sergio no le gusta; tal vez a usted tampoco. Entonces ¿qué es lo que a usted le puede gustar?... Dígamelo, para que yo lo sepa.

Y se amodorraba poco a poco. Por un instante se mantuvo con los ojos muy abiertos, pareciendo andar en busca de algún placer que ignoraba. Después entornó los párpados con sonrisa de tranquilidad, como plenamente satisfecha. Parecía dormir, cuando al cabo de unos minutos, volvió a abrir los ojos diciendo:

—La vaca va a tener un becerrillo... También esto será bueno y me divertirá más que todo.

Y cayó en un profundo sueño. Los animales habían concluido por subirse encima de ella; era una oleada de vivientes plumas que la cubrían. Las gallinas parecían empujarle los pies; las ocas acercaban el vello de su cuello a lo largo de sus muslos. A la izquierda el cerdo le calentaba el costado; mientras que la cabra, a la derecha, le alargaba su barbuda cabeza, hasta el sobaco. Y un poco por todas partes, los pichones se anidaban en sus abiertas manos, en el hueco de su cintura y tras de sus hombros. Y al dormir, mantenía su color sonrosado, acariciaba por la más fuerte respiración de la vaca, sofocada bajo el peso del gran gallo acurrucado, que se había ido más abajo del seno, con las alas caídas, con la cresta encendida, y con el leonado vientre quemándola con caricia de llama, a través de sus sayas.

Fuera la lluvia caía más menuda. Una sábana de sol, escapada del borde de una nube, humedecía con oro el polvo del agua voladora. Albina, que

había permanecido inmóvil, miraba dormir a Deseada, a aquella hermosa joven que regocijaba su cuerpo revolcándose en la paja. Deseaba ella también sentirse cansada y desfallecida, adormecida por el placer que la produciría algo extraordinario que le acariciase la nuca. Celos sentía por aquellos robustos brazos, por aquel turgente seno, por aquella vida toda carnal en el fecundante calor de un rebaño de animales, por aquel florecimiento puramente animal que hacía de la robusta joven la tranquila hermana de la gran vaca pía. Soñaba con verse amada por el gallo leonado y de amar ella también como los árboles brotan, naturalmente, sin baldón, abriendo cada una de sus venas a los movimientos de la savia. Era la tierra la que nutría a Deseada cuando se tumbaba de espaldas.

Entre tanto la lluvia había cesado por completo. Los tres gatos de la casa, el uno en pos del otro, se metían en el corral, pegados a la pared, tomando infinitas precauciones para no mojarse. Asomaron la cabeza en la cuadra, dirigiéndose en derechura a la durmiente, ronronando y acostándose junto a ella, con las patas un tantico sobre su carne. Mumú, el gran gato negro, acurrucado contra una de sus mejillas, se puso a lamerle la barba con toda dulzura.

—¿Y Sergio?—preguntó maquinalmente Albina.

¿En dónde, pues, estaba el obstáculo? ¿Quién le impedía satisfacerse por tal modo, feliz, en plena naturaleza? ¿Por qué no amaba, por qué no era amada, a la luz del día, libremente, como los árboles brotan? No lo sabía, sentíase abandonada, llagada para siempre. Y la avasallaba una terquedad feroz, una necesidad de volver a estrechar en sus brazos lo que era suyo, de ocultarlo, de seguir disfrutando. Entonces se levantó. La puerta de la sacristía acababa de ser abierta; un ligero palmeteo dejóse oír, seguido por la zambra de una cuadrilla de muchachos, golpeando con sus zuecos las

baldosas; el catecismo había dado punto. Albina se alejó suavemente de la cuadra, en donde esperaba, hacía una hora, en el cálido ambiente del corral. Al dirigirse a lo largo del corredor de la sacristía, columbró la espalda de la Teuse, que entró en la cocina, sin volver la cabeza. Y en la seguridad de no ser vista, empujó la puerta, acompañándola con la mano para que cerrase sin ruido.

Albina se hallaba en la iglesia.